

«TESTAMENTO» POLÍTICO DE CARRERO BLANCO

19 de noviembre de 1973¹

MANUSCRITO TRANSCRITO POR LUIS SEGURA

El Régimen español, que es anticomunista y antiliberal, tiene, lógicamente, dos enemigos acérrimos, que son, hay que reconocerlo, poderosos: el Comunismo y la Masonería.

Ambos entes son, en realidad, totalitarismos extranacionales que buscan dominar al mundo haciendo que las naciones queden de hecho en sus manos cuando tengan gobiernos obedientes a los poderes, los que sean, que rigen estas dos ideologías. Los países de la Europa oriental, son vasallos de la URSS porque tienen gobiernos obedientes al Comunismo. Cuando en España hubo gobiernos de masones que obedecían bajo pena de la vida al poder que rige la secta, España era también un país vasallo.

Comunismo y Masonería tienen el mismo objetivo y, por consiguiente, al trabajar con el mismo fin imperialista pueden aunar sus esfuerzos aunque lo hagan de una manera egoísta, contra la nación que está firmemente dispuesta a no caer bajo la influencia de ninguno de los dos.

Este es el caso de España.

La Masonería ataca al Régimen español porque quiere en España un sistema demoliberal; y el Comunismo ve esto con muy buenos ojos porque sabe perfectamente que una España demoliberal será una España débil, y una España débil podría caer fácilmente bajo las garras del comunismo, como estuvo a punto de suceder en 1936. Para el comunismo, una España demoliberal sería la consecución de la primera fase de la conquista de nuestra Patria.

¹ El presente documento, tal y como declara el entonces ministro español de Asuntos Exteriores, Laureano López Rodó, en el tercer volumen de sus *Memorias* (Plaza y Janés, Barcelona, 1992, p. 516), iba a ser leído a los ministros en el llamado «consejillo» de los jueves, la reunión preparatoria del Consejo de Ministros de cada viernes, la mañana del magnicidio, el 20 de diciembre de 1973.

El Comunismo, pese a todas sus falsas manifestaciones en coexistencia, sigue siendo el mismo Comunismo de hace más de 50 años. Su objetivo no ha cambiado: su fin es convertir al mundo en un conjunto de Repúblicas Socialistas Soviéticas regidas desde Moscú.

Para lograrlo tiene tres caminos:

—la guerra general a la que hubiera ido en 1945. Si no hubiera aparecido en Hiroshima y Nagasaki la bomba atómica con la que entonces no contaba; ahora no irá fácilmente a una guerra general porque arriesga demasiado ya que arriesga su propia existencia.

—las guerras limitadas que las fomenta y sostiene donde puede (Corea, Vietnam, Oriente Próximo, colonias portuguesas, etc.) porque las guerras limitadas, difíciles de ganar por la imposibilidad de anular las fuentes de donde el enemigo alimenta su capacidad de resistencia, produce en quien las padece daños materiales, orgánicos y, sobre todo, morales que favorecen su debilidad, y

—la guerra subversiva que trata de debilitar a los países atacados aniquilando moralmente al elemento hombre. Si explotando las congénitas debilidades humanas, es decir, la parte de animal que todos tenemos, se destruye en el hombre sus sentimientos religiosos, su patriotismo, su sentido del deber y del honor; si se matan en él el respeto a las tradiciones y de ser un portador de valores eternos se le convierte en una pequeña bestia anarquista que solo aspira a satisfacer sus apetitos materiales, y si además se le arruina también físicamente con vicios y drogas, será muy fácil que se convierta en un esclavo.

Un país por poderoso que sea económicamente y por elevada que sea su técnica y la entidad de sus armamentos, si sus hombres han sido convertidos por la subversión comunista en piltrafas humanas, será un país ya vencido; el Comunismo se hará con él con un simple puntapié.

Para lograr estos fines, el Comunismo se ha infiltrado en la Iglesia, y en la Universidad. Trata también de llevar su acción a las masas trabajadoras, a los órganos de información y es evidente que hace sus intentos en los sectores

intelectuales y, espero que todavía sin éxito, en la Policía y en las Fuerzas Armadas.

Seríamos muy necios si no reconociéramos estos peligros y si no destacáramos de ellos aun los más graves los que afectan a la Iglesia y a la Universidad.

Además estos dos principales objetivos al Comunismo lo son también de la Masonería, que es fundamentalmente anticatólica, además de demoliberal.

La Masonería ha sido condenada por ocho Papas: Clemente XII y Benedicto XIV en el siglo XVIII; Pío VIII, León XII, Gregorio XVI, tres veces por Pío IX, y León XIII en el siglo XIX y Pío X en 1911. Deshacer a la Iglesia Católica —«La Infame» como la llama la Masonería— es un objetivo de primer orden para ésta y lo es también para el Comunismo que es fundamentalmente ateo, porque si al hombre se le quitan sus sentimientos religiosos se le desarma de su mayor fuerza espiritual y se le domina más fácilmente.

Todo lo que estamos viviendo, con asombro e indignación, en orden a lo que sucede en la Iglesia no es otra cosa que los efectos de la acción conjunta del Comunismo y la Masonería que obran, sin duda, sin haber tenido necesidad de ponerse de acuerdo.

Si España se ha definido, como unidad política, «como un Estado católico, social y representativo que, de acuerdo con su tradición, se declara constituido en Reino» (art 1º de la L.S. y Principio VII del Movimiento Nacional) ¿cómo no hemos de temer la enemiga de los que nos quieren ateos, o por lo menos protestantes, y demoliberales o ateos y marxistas? Y si hemos declarado la unidad entre los hombres y las tierras de España y que la integridad de la Patria y su independencia son riquezas supremas de la Comunidad nacional (Punto IV del Movimiento) ¿cómo nos puede chocar que nos ataquen los que quieren una España liberal, gobernada por masones, súbditos obedientes de la misteriosa entidad que rige la Masonería, o una España comunista gobernada por comunistas que hayan de obedecer a, sin el menor titubeo, lo que les ordene la alta dirección del Comunismo internacional?

Esta, señores, es nuestra situación desde 1939 y... lo seguirá siendo solo Dios sabe hasta cuando. Estamos, hay que reconocerlo, en una guerra ideológica. En el mundo que nos rodea no hay más que capitalismo o socialismo liberales que la Masonería sostiene o el marxismo que el comunismo trata de imponer y ¿cuál es nuestro talante ante esta situación?

¿Hemos de ceder? Evidentemente, no. Si estamos convencidos de la verdad de nuestra ideología definida con toda claridad en nuestro orden institucional, (surgido a raíz)² del duro trauma de nuestra Guerra de Liberación, y elaborada a lo largo de 34 años de Gobierno del Caudillo, con el asentimiento del pueblo en dos Referendums Nacionales en el plazo de 2 años, no podemos aceptar más que esta verdad. Lo contrario sería tanto como confesar de hecho nuestra falta de fe e incurrir en el suicidio.

Si aceptamos el resbalamiento hacia el liberalismo, con concesiones poco meditadas, es evidente —para mí tan claro como la luz del sol— que de una monarquía tradicional, católica, social y representativa, pasaríamos, en rápida pendiente, a una monarquía liberal, a una una República socialista y de esta a una República comunista; es decir, caeríamos, en breve plazo en lo que estuvimos a punto de caer en 1936.

La opción de ceder hay que rechazarla por tanto de plano.

Segunda opción: ¿pretendemos engañar a nuestros enemigos haciéndoles creer que evolucionamos hacia lo que ellos quieren pero manteniéndonos firmes en nuestra ideología? Esto nos parece una solución tan ingenua como peligrosa. Engañar no vamos a engañar a nadie y en cambio, al pretender cubrimos con una piel de cordero que, repito, no va a engañar a nadie, corremos el grave riesgo de tener que hacer cosas —algunas hemos hecho ya— que contra nuestra voluntad nos metan en el resbalamiento antes señalado. El riesgo —que en cierto modo estamos ya corriendo— es demasiado grave; es más, es tan inútil como grave.

² El texto está cortado y apenas se lee. Entre paréntesis se ofrece una posible respuesta.

Rechazada esta segunda opción, no queda más que la tercera: Tener plena conciencia de que estamos en una guerra ideológica y, con miras de victoria, que es como únicamente se pueden afrontar las guerras, despreocuparnos de lo que de nosotros digan fuera —que no van a decir más de lo que ya están diciendo— y disponernos a defender nuestro Régimen con pasión y a toda costa.

Para ello, del enemigo el consejo, hay una primera premisa perfectamente clara: máxima propaganda de nuestra ideología y prohibición absoluta de toda propaganda de ideologías contrarias.

¿Cuál es nuestra situación en estos momentos en este orden de ideas? Tenemos ya sectores de nuestra sociedad envenenados de ideologías contrarias y víctimas de la acción subversiva de nuestros enemigos: parte del clero, sectores intelectuales, parte de la juventud y parte del mundo laboral. Estos sectores son minoritarios: la gran masa del pueblo español es buena, está con el Régimen, pero no la formamos como debiéramos.

Contra el sector que hoy pudiéramos considerar perdido hay que aplicar la fórmula de represión y, en la medida que sea posible, recuperación. Con respecto al resto de la población formación, educación y ejemplo.

Analicemos por separado estos aspectos del problema.

Represión: Esta tiene que ser dura. El hombre que ha perdido los frenos morales, o que ideológicamente está envenenado, no se le frena más que con el miedo al castigo y este miedo solo existe cuando el castigo es duro.

La represión requiere: Fuerzas de orden público, suficientes en cantidad, bien dotadas y adiestradas; códigos penales duros; jueces enérgicos que sirvan fielmente al Estado en los que no quepa infiltraciones de ideologías distintas y regímenes penitenciarios también duros.

Los Ministros de la Gobernación y Justicia deben estudiar a fondo estos problemas y ver en que medida hay que modificar la legislación vigente. Creo

que los jueces deben tener una formación especial, en una escuela especial donde se aprecie tanto o más que sus conocimientos profesionales, su espíritu y su lealtad al Estado, al que sirven. Un juez que en el fondo de su conciencia se sienta liberal o marxista siempre será un mal juez así sepa más leyes que Papiniano.

En orden a la formación, lo primero es evitar la mala formación.

Hay que moralizar la calle, las salas de fiesta y los espectáculos y hay que impedir el tráfico y el uso de drogas; y, con el mismo cuidado, la venta y circulación de libros y revistas de ideologías contrarias o inmorales.

Gobernación e Información y Turismo deben estudiar los medios más eficaces para lograr esto con el máximo rendimiento en el mínimo tiempo.

Hay que evitar también en la TV, que tiene millones de espectadores, exhibiciones con tendencia a la inmoralidad, y bailes y músicas decadentes. Se trata de formar hombres, no maricas y esos melencólicos trepidantes que algunas veces se ven, no cubren ni con mucho este fin.

Hay que exaltar en la TV, con imaginación, arte y habilidad, el espíritu de nuestro Movimiento, la virilidad; el patriotismo, el honor, la decencia, el espíritu de servicio, etc., etc. A la vez que se señalan, también con habilidad, los daños que en otras partes producen ideologías contrarias a la nuestra.

Muchas veces se contratan películas como «Grandes batallas» que, porque están hechas con habilidad, se exaltan estas ideologías. Esta cuestión de la TV hay que cuidarla muchísimo.

Con respecto a la formación de la juventud, hay que sacar de los cuadros del profesorado de la Enseñanza General Básica y de la Universidad todos los enemigos del Régimen y hay que depurar de la Universidad a todos los alumnos que son instrumentos de la subversión. El desorden en la Universidad, las pintadas, las asambleas, etc. que deshonran a la Universidad, deben desaparecer cuanto antes.

Educación Nacional debe presentar medidas concretas y las propuestas de legislación que considere necesarias para alcanzar este objetivo.

La organización del Movimiento debe preocuparse con especial cuidado de la formación de la juventud. Posiblemente una juventud bien formada es la que puede limpiar la Universidad de profesores y alumnos enemigos del Régimen.

Una formación premilitar en los muchachos sería seguramente una buena solución para este importante problema.

Por último, en cuanto a las encuestas en la Iglesia es necesario no incurrir, por una reacción lógica, en una situación anti-iglesia, que es precisamente lo que el enemigo persigue. Una cosa son los enemigos infiltrados en la Iglesia y otra la Iglesia por Nuestro Señor fundada, aunque haya enemigos en sus altas jerarquías. En España hay malos curas, pero en un 10%; el 90% restante son buenos. Para reaccionar contra los malos, la represión que nos consiente el Concordato y si esto no se modifica en un plan prudente cabe, cuando estemos cargados de razón, la promulgación de un Estatuto. Pero los curas buenos no tienen que sentirse confundidos y mal vistos. Esto, además de una injusticia, sería un error y una incongruencia en nuestra declaración del Principio II del Movimiento. España tiene que defender a la Iglesia Católica incluso contra los enemigos infiltrados en su seno.

Creo que, bastante deslavazadamente, he señalado los temas a tratar. Les ruego que mediten sobre esto y estudien las medidas concretas necesarias.